



DOCUMENTOS

del

OCOTE ENCENDIDO

Nº 36

MAYO 2005



**El destino de la FE Cristiana
en la era WOJTYLA**

Comités Oscar Romero

C/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza D.L.Z. 147-89

PRESENTACIÓN

Una vez más, la hora histórica nos impulsa a salir de la línea habitual de esta publicación que trata de acercar la coyuntura social, política o teológica latinoamericana a nuestras comunidades, para presentar una reflexión más global.

Hemos asistido a la muerte de un papa y a la elección de su sucesor con una exhibición mediática como nunca antes se había producido en acontecimientos de estas características. El final del pontificado anterior y el inicio del nuevo ha sido visto por algunos como un florecimiento de la Iglesia que gracias a su fidelidad regresa a posiciones de influencia en el mundo que pueden ayudarle a cumplir mejor su misión evangelizadora. Para otros, este momento sabe a decepción porque nuestra Iglesia sigue retrasándose en su camino de apertura al mundo moderno y de acogida de las voces plurales que surgen de su propio interior clamando por una renovación.

Pero, como decía Casaldáliga cuando le preguntaban por la elección de Benedicto XVI, tenemos la convicción de que lo decisivo no es este papa u otro, sino que la Iglesia, Pueblo de Dios sigue en su "caminada".

Aportamos en este documento dos textos para la reflexión tomados del informativo virtual "Eclesalia". El primero es, precisamente, el texto que sirvió de presentación en su día a la propia "Eclesalia": *Puestos a soñar... la Iglesia de mis sueños*. El segundo es una de las reflexiones más lúcidas que hemos podido leer estos días sobre el pontificado de Juan Pablo II y la Iglesia que hereda su sucesor. Se trata de un resumen del libro "*La otra cara de Wojtila*" hecho por su propio autor, Giancarlo Zizola.

Y ahora, antes de entrar en su lectura, os invitamos a rezar con nosotros esta oración tomada de otro libro que también habla de sueños y esperanzas para la Iglesia, "*Papeles confidenciales de Su Santidad Juan Pablo III*":

Señor Jesús, que nos has llamado en serio a continuar tu Creación y a construir tu Iglesia, dotándonos de inteligencia y libertad para que pensemos contigo los fines y contigo recorramos los medios y los caminos que a ellos conducen, en tu Espíritu: danos a todos la luz, para que veamos la manera más eficaz de ser semilla de tu palabra aquí y ahora, en esta hora intensamente histórica de la Iglesia que tú alumbraste con los fecundos dolores de tu cruz y el poder glorioso de tu resurrección.

Envíanos tu Espíritu, Señor, que nos abra los ojos para ver el daño que hace en los campos sembrar desde el poder que ordena, impo-

ne, juzga y condena, en lugar de hacerlo desde el amor (como todo amor, indefenso y herible), que tan sólo invita, acompaña, sonrío, confía, ayuda, no desespera jamás, comprende sin límites, perdona sin límites y respeta sin límites.

Pedimos perdón, Señor, por los siglos de errores que hemos cometido desde el poder, olvidando que el único poder que nos encomendaste fue el de servir en el amor y desde el amor, humildemente, compartiendo gratis lo gratis recibido. Danos la fuerza interior suficiente para no necesitar nunca la fuerza exterior de la coacción, para que nuestra evangelización no sea portadora de malas noticias para la humanidad.

Enséñanos a dejar crecer a aquellos a los que anunciamos tu mensaje, sabiendo desaparecer a tiempo, antes de que comencemos a obstaculizar su crecimiento, con el bienintencionado engaño de que somos imprescindibles para mediar entre ellos y Tú. Déjanos sólo las sandalias, Señor, el cayado y el largo silencio entre ciudad y ciudad, donde habitan los hombres a los que ha de servir nuestra visita.

Que nuestra bondad, por tu gracia, dé credibilidad a nuestra confesión ante quienes nos escuchan, credibilidad sin la cual nuestra confesión carecerá de la capacidad de evangelizar y sólo servirá para alejarnos de aquellos a los que decimos servir. Tú, que nos enviaste con el tesoro a costas de la generosidad de tu sangre en nuestros vasos de barro frágil, haz que seamos dignos de ofrecer al mundo tu amor.

Y tú, Pedro amigo, el primer servidor de la Iglesia, que supiste aprender y arrepentirte, y llorar y dialogar y preguntar y cambiar de planes a impulso del Espíritu, y dar finalmente con tu vida testimonio de la Vida del Señor, no dejes de poner tu mano de rudo pescador sobre nuestras manos para guiar el timón de la barca de la Iglesia que contigo inició su andadura.

Dile a María, por favor, que estuvo con vosotros el día que vino el Espíritu, que nos acompañe también a nosotros para pasar, con su misma luz y su misma llama, de la Iglesia que tiene que irse a la Iglesia que tiene que venir. Amén

El destino de la FE Cristiana en la era WOJTYLA

Giancarlo Zizola

Veintisiete años de pontificado representan en la historia de la cristiandad casi un record. Al margen de las representaciones hagiográficas de quien ha protagonizado algunas de las opciones más significativas tomadas por la Iglesia católica en su reciente historia, un análisis del largo mandato de Juan Pablo II arroja luz sobre los destinos de la fe en la sociedad secularizada y globalizada.

I. Un largo pontificado a la luz de la historia

La desmesura del pontificado de Juan Pablo II en todos los aspectos no facilita un fácil discernimiento de la identidad del reinado y de su protagonista. El escenario en los últimos tiempos de la Iglesia, con la creciente invalidez del papa, que ha acentuado la **sistemática actuación vicaria de la Curia** y ha hecho más escasos los intentos de corrección del rumbo que en otras etapas, de forma profética y muy personal, propugnaba el papa.

Por eso, el tema clave que se presenta en toda su gravedad al hacer el balance es éste: el fracaso manifiesto del intento de **restaurar el régimen de cristiandad**, propugnado por el vértice eclesiástico con todos los medios disponibles y con formas actualizadas, quebrando desde sus bases el proyecto de la reforma espiritual del Concilio Vaticano II, con el fin de recuperar y de reafirmar, con modalidades nuevas, el rol temporal de la Iglesia en la sociedad globalizada.



No podemos saber en este momento hasta cuándo va a durar esta tendencia involutiva y hasta dónde puede llegar la contrarreforma. No obstante, se captan ya desde este momento **motivos de perplejidad y de sufrimiento** para muchos creyentes ante los nuevos esfuerzos de la Iglesia para reconquistar roles políticos, mientras se produce una congelación burocrática del régimen eclesiástico, se refuerza la naturaleza patológica del verticalismo y se reproduce un obstinado triunfalismo de las masas organizadas, sostenidas por el entusiasmo acrítico de los medios de comunicación.

La prioritaria **estrategia de los viajes** empieza a ser observada como algo que

acaso no era lo que la Iglesia exigía de manera prioritaria, especialmente considerando una forma y una gestión que han transformado las visitas pastorales en una polvareda tan exuberante como excéntrica con respecto a la vida real de las comunidades cristianas, y por lo mismo tan efímero como el escalofrío que sigue al dopaje.

Por lo demás, los conflictos que no han dejado de calentar las relaciones entre la Iglesia y la sociedad en Italia y en España, en sedes públicas de la Unión Europea, en los mismos Estados Unidos, con las **actitudes electoralistas** adoptadas por los obispos católicos, han sacado a la luz una vez más, sólo que de manera más dramática, la cuestión planteada a la Iglesia de Pablo VI por Pier Paolo Pasolini: es decir, el tema de una vuelta, nunca contrastado con seriedad, a los **instrumentos de poder**, que una vez más parecen significativos y decisivos, para **reconquistar el espacio público perdido por el catolicismo** en la sociedad secular, cual si un nuevo brazo secular pudiese garantizar la misión de la Iglesia en el reino de las conciencias, y ayudarle a reaccionar frente al exilio de la religión en la dimensión folclórica e intimista decretado por la insostenible laicidad de la historia. Como si la intimidad espiritual, forjada sobre el tema de la **theologia crucis**, hubiese caído en tal desestima que apenas se la considerase una variante secundaria de la importancia conquistada por la **religio societatis** con leyes beneficiarias, estilos concordatarios, coberturas financieras, roles éticos, intercambios con los poderes fuertes de turno.

Perfiles de un pontificado

Merece la pena pasar revista, bajo esta luz y sin pretensión alguna de ser exhaustivo, sólo como hipótesis de trabajo y a grandes rasgos, el complejo desarrollo del pontificado iniciado el 16 de

octubre de 1978. No olvidamos que se trató de un cónclave condicionado por la contraofensiva del ala conservadora que lleva a la elección del primer papa eslavoy y primero no italiano después de 1522. Personalidad compleja, intuitiva y visionaria, con el peso de la **experiencia del régimen nazi y luego del comunista** en Polonia, el elegido atribuye a la elección del doble nombre de Juan y Pablo el sentido de un seguimiento de los papas reformadores de la Iglesia romana en el siglo XX, Juan XXIII y Pablo VI. En la encíclica programática *Redemptor hominis* (1979) asegura que la senda del Concilio Vaticano II, en el que tomó parte en una posición moderada, han de ser "la que trataremos de seguir".

No se tarda en comprender que las cuestiones vinculadas con la reforma interna, campo de batalla del Concilio, no campean en la visión del nuevo papa y que la línea de la "mediación", intentada por los conciliares, queda sustituida por la del **desafío radical a la "razón" moderna**, a partir del modelo de espiritualidad católica inspirada por la mística de San Juan de la Cruz y por la piedad mariana de la Contrarreforma polaca.

Coadyuvado por el cardenal alemán **Joseph Ratzinger**, ex teólogo del ala progresista, que ya ha teorizado en Munich de Baviera la necesidad de una relectura del Concilio en clave de restauración, Juan Pablo II se planteó una **revisión personal de la herencia conciliar**. Para defenderla no duda en declarar en 1988 cismática la secta tradicionalista del obispo Marcel Lefebvre, sin dejar de buscar sucesivamente su retorno a cualquier precio, incluso el de la restauración de la liturgia preconiliar. Por su parte deja al sistema curial, oprimido por una serie de pontificados desfavorables, la oportunidad de una recuperación a fondo en muchos terrenos. La cuestión que interesa más que ninguna otra a Wojtyła es el destino

del mensaje cristiano en la modernidad secularizada. Su objetivo es **romper el asedio conjunto** –el causado en primer lugar por el ateísmo comunista, pero también el que directamente provoca al ateísmo de mercado– situando a la Iglesia en el centro del debate político, como guardiana y dispensadora de salvación, también civil y antropológica, para las sociedades en crisis de valores.

El tema se plantea en seguida, en el curso de la ceremonia de inauguración del reinado: **“¡No tengáis miedo! Abrid las puertas a Cristo”**. La llamada imprime una dirección eclesial basada en la recuperación de un vigoroso dinamismo misionero, del que el papado se trueca en fuerza de arrastre con una forma de gobierno viajero de tipo carismático que lo llevará a aterrizar en las plazas de más de 190 países.

“La nueva evangelización” y “el tercer milenio” son los temas fundamentales sobre los que el pontificado encauza su tentativa de **desempolvar los motivos clásicos de la cristiandad** sobre la base de una identidad eclesial claramente esculpida, formulada en un magisterio de amplio espectro, en un relanzamiento de

la figura papal, en una consolidación de la estructura jerárquica y del rol hegemónico del clero sobre el “pueblo de Dios”, y a través de un decidido testimonio de los creyentes frente a las derivas de la crisis moderna.

Para ello recurre abundantemente a la contribución de los movimientos, entre otros, del **Opus Dei** (a cuyo fundador Escrivá de Balaguer lleva a la gloria de los altares en tiempo récord), de **Comunión y Liberación**, de los **Neocatecumenales** y de los **Legionarios de Cristo**, como él capaces de articular maximalismo espiritual, conservadurismo doctrinal, activismo, sentido del poder y capacidad de penetración en la modernidad instrumental y financiera. El objetivo es el típico de la cultura católica intransigente y coincide con lo que alimenta el **nacionalcatolicismo polaco**: una nueva apologética social, esta vez a escala global, para proyectar el mensaje cristiano en los puntos críticos de la modernidad, reaccionar contra el arrinconamiento del hecho religioso al foro interno, y afirmar, por el contrario, la dimensión pública de la fe cristiana.

Por medio de los viajes, la figura papal se transforma en una institución civil universal. Se expanden **los instrumentos políticos de la Santa Sede**, que lleva de 89 a 179 los Estados acreditados, refuerza el estatuto del propio observador ante las Naciones Unidas, multiplica los *modus vivendi* y los concordatos.



Su primer viaje a Polonia, en 1979, atrae a tantas masas alrededor de su altar que descarga sobre el régimen comunista un golpe mortal. Nace, en los astilleros de Danzig **Solidarnosc**, que iza como fuerzas aliadas los

iconos de la Virgen de Czestochowa y del papa. Por primera vez en un siglo XX de guerras y genocidios, de Auschwitz e de Hiroshima, tienen lugar cambios de largo alcance sobre la línea de **confluencia de tres grandes corrientes** históricas dulces: el movimiento de los **derechos civiles**, la **no violencia** y las **fuerzas de la religión**. Este umbral queda ensangrentado el 13 de mayo de 1981 cuando, en el curso de una audiencia pública en la plaza de San Pedro, el Papa recibe un balazo salido del revólver de **Alí Agca**, un joven terrorista de los "Lobos grises" evadido en circunstancias dudosas de una cárcel turca de máxima seguridad, cuyos mandatarios permanecen en la sombra.



De hecho, la caída del muro de Berlín y el desarrollo de una Europa que "tiene que respirar por sus dos pulmones", el de Oriente y el de Occidente, se inscriben no sólo en el proceso histórico de las relaciones políticas y estratégicas de fuerza (gracias a los euromisiles), tecnológicas y económicas (fracaso del estatualismo imperial-proteccionista soviético, suceso expansivo del modelo capitalista), sino también como resultado de inspiraciones, anticipaciones e impulsos del papado, desde los tiempos de la **Ostpolitik** de Pablo VI. El acento del papa polaco se centra en atacar frontalmente a aquellos regímenes más bien que en fomentar procesos de mediación, tan queridos para el cardenal **Casaroli**, que tendrá que ceder pronto el cargo de secretario de Estado al ex nuncio en el Chile de Pinochet, Angelo **Sodano**, cuando el muro de Berlín acaba de convertirse en escombros. El cambio se nota muy bien en la gestión vaticana de la crisis polaca,

especialmente cuando el papa interviene con una carta personal a **Breznev** para disuadirlo de la represión de Polonia. Un desafío victorioso: el papel de las fuerzas espirituales en el cambio político queda reconocido abiertamente por el líder de la última URSS, **Gorbachov**, en el curso de su visita al Vaticano que, el 1 de diciembre de 1989, concluye la guerra religiosa más áspera del siglo XX.

El vuelco de la Unión Soviética determina un reajuste político de las relaciones de la Iglesia con la sociedad. En América Latina el papa se comprometió personalmente en la liquidación del empeño político del clero y de los religiosos, incluso investidos de funciones públicas, forzando la renuncia de los curas-ministros del **gobierno sandinista** en Nicaragua y aislando al clero social progresista del Salvador y de Brasil. También en México el clima se hace más favorable para las mediaciones de la Iglesia en el conflicto de Chiapas y el papa, que recibe a **Fidel Castro** en el Vaticano en 1996, concluye la normalización esperada por una y otra partes con la visita a Cuba en enero de 1998, en el curso de la cual declara su hostilidad al embargo americano que amenaza a la sociedad cubana en sus derechos a la vida.

El empeño para transformar la religión en **una fuerza a servicio de la paz y de la justicia**, sin por ello comprometerla en la política de partido o bajo una bandera ideológica, acompaña a todo el pontificado. El vértice simbólico de este programa es la cumbre de representantes de las grandes religiones mundiales reunidos en **Asís** junto al papa el 27 de octubre de 1986 con motivo de la Jornada de oración de las religiones por paz. La Santa Sede asume con éxito la mediación entre Argentina y Chile enfrentadas por el Canal de Beagle y trata de evitar el enfrentamiento entre Gran Bretaña y Argentina por las Malvinas. Misiones pontificias comparcen en los principales focos de tensión: Líbano, Irán, Irlanda del Norte, ex Yugoslavia. En Chile igual que en Argentina y en Filipinas, la Iglesia destaca como un **factor positivo en la transición democrática**, por más que las concesiones vaticanas al régimen de Pinochet trastocan la línea crítica de la Iglesia del cardenal Silva Henríquez (en el septiembre negro del golpe militar de 1973).

Pero la línea pontificia obre el tema de la paz y de la "violencia de los oprimidos" no se mantiene firme y coherente, sino como una marcha sustancialmente oscilante. En los últimos tiempos de la guerra fría bajo la presidencia de Reagan, el papa, en una carta para la sesión de la ONU sobre el desarme en 1982, declara "moralmente aceptable" la disuasión nuclear, retornando la posición preconiliar de la "guerra justa", de modo que no se obstaculiza la instalación de los euromisiles orientados contra la URSS. En ocasión de una reunión en la cumbre celebrada en el Vaticano, **el episcopado**

católico de EE UU tiene que someterse a la humillación de limpiar una carta pastoral propia de las críticas a la política rearmista de la Casa Blanca y tragar con el juicio de "inmoral" infligido a la disuasión atómica.

El **acuerdo entre Wojtyla y Reagan** se presentará como un "pacto de unidad de acción" al objeto de abatir "el imperio del mal" soviético (Berstein). De hecho, en 1984 la Santa Sede entabla relaciones diplomáticas con EE UU y el mismo año publica la condenada Teología de la Liberación y de los regímenes socialistas, factor clave en el reequilibrio a derecha de la Iglesia latinoamericana. Sucesivamente, la conducta del papa muestra una mayor independencia de los intereses estratégicos americanos. Él **se opone con fuerza a la guerra del Golfo de 1991**, presentándola como "aventura sin retorno" y "derrota de la humanidad" y declarando que "las exigencias de la humanidad reclaman hoy caminar de manera decidida hacia la proscripción absoluta de la guerra y cultivar la paz como bien supremo, al cual deben subordinarse todos los programas y todas las estrategias".



Pero el Vaticano encuentra dificultades para disipar las dudas según las cuales su política habría contraído un aparte de responsabilidad en la **disolución de la Federación Yugoslava**, que se produce inmediatamente tras favorecerse tras el reconocimiento, sorprendentemente rápido, de Eslovenia y de Croacia por parte de la Santa Sede en 1991. En su inminencia, el cardenal Casaroli no consigue disimular su disgusto: "Es una catástrofe". Sobre la guerra de la NATO a Serbia en 1992, la Santa Sede adopta la fórmula ambigua, sugerida por Sodano, de la "injerencia humanitaria" para declararla moralmente lícita: una política que recalcante los prejuicios antipapales de los serbios ortodoxos y que debilita la eficacia política de la nueva cumbre interreligiosa convocada por el papa en Asís para la paz en Bosnia (a la cual, aun habiendo sido invitados, no acuden los ortodoxos).

Tampoco la política pontificia en el frente ruso queda inmune de errores. Aplicando la "teología del paréntesis", como si nada tuviese que aprender del despojo sufrido con el comunismo, la Santa Sede se apresura a abrir su primera línea diplomática tanto en Rusia como en las repúblicas de la nueva Federación Rusa, a tratar beneficios públicos para sus actividades y a instituir **diócesis católicas en Rusia**, en el mismo Moscú y en otras naciones tradicionalmente ortodoxas, sin siquiera preocuparse de advertir a las autoridades de la Iglesia "hermana" y hasta incluso aprovechándose de su debilidad tras la larga mortificación soviética. Se percibe sin el menor equívoco que el ecumenismo ha decaído a favor de una política autorreferencial en la conducta política y en las propias opciones doctrinales de la Santa Sede. Al mismo tiempo, grupos de activistas católicos de los movimientos integristas, al amparo de fuertes

medios económicos y organizativos, invaden los territorios ortodoxos en busca de conversiones. La duda de que Roma vuelva al modelo anexionista y restaure el uniatismo como puente con el mundo ortodoxo hace precipitar las relaciones entre el papado y la Iglesia rusa en la más grave crisis del siglo.

La oposición pontificia vuelve a emerger con **fuerza contra la "guerra preventiva"** desencadenada por EEUU en 2003. El papa no se limita a campañas de oración y de ayuno por la paz. Frente al terrorismo, tras el golpe infligido el 11 de septiembre de 2001, él recomienda en vano a los líderes occidentales una línea basada en la justicia y el perdón, asumido como instrumento político y no sólo como un deber ascético. Además, él envía misiones cardenales a Washington y a Bagdad para evitar la guerra y si obtiene de Sadam Husein suficientes garantías de abrir el arbitraje de la ONU, y evitar el conflicto armado, **nada puede hacer** para lograr que el presidente Bush desista del plan preestablecido de la invasión. En todo caso, el papal o critica públicamente en la audiencia en el Vaticano el 4 de junio de 2004, recordándole que su "no" a la guerra ha sido siempre "inequívoco".



II. ¿Un papa solo?

En realidad, la tensión entre el papado y el imperio americano sobre el tema de la guerra revela la **soledad institucional de Wojtyla** con relación a algunos sectores del mundo católico, en la propia Roma además de en naciones de tradición católica como Italia, Polonia, España. El episcopado católico americano se deja absorber por el patriotismo neoconservador más que por la fidelidad a las directrices pontificias. A pesar de la prueba de fuerza ofrecida por las asociaciones y parroquias en favor del método del diálogo y de la abolición de la guerra del sistema jurídico internacional, algunos líderes políticos e intelectuales de fe católica, devotos del papa de boquilla, se muestran en cambio sensibles a los reclamos poderosos del teorema del “choque de civilizaciones” hasta el punto de que contribuyen al relanzamiento del espíritu de cruzada de Occidente contra el mundo islámico. No obstante, merece especial reflexión el hecho de que una convergencia fundamental se produce en el amanecer teñido de sangre y de terror del siglo XXI entre las opciones de paz de un líder espiritual mundial como el papa y el movimiento colectivo que ha salido a la luz en las plazas de las capitales mundiales para defender el valor supremo de la vida humana de la guerra.

Las prioridades del programa de Juan Pablo II —desterrar una guerra de civilizaciones, oponer al terrorismo no otro fundamentalismo agresivo sino el diálogo entre las religiones y las culturas y la fuerza de la razón, salvaguardar a las comunidades cristianas en los países musulmanes— convierten al papa en **aliado natural del Islam** y en **líder espiritual del movimiento pacifista global**. Con su firmeza frente a las lógicas unilaterales de la Casa Blanca, él se muestra, en la hora más crítica del mundo, como el salvador de los mejores valores de Occidente. Él atestigua de per-

sona cómo de la debilidad material puede brotar una lección moral de fuerza incomparable y que precisamente en este vuelco descansa el fundamento de la identidad cristiana de Occidente y del propio sistema democrático.

No se trata de un pacifismo exangüe, sino de una opción orgánica por una visión planetaria de la humanidad, que incluye no sólo el rechazo de la guerra sino también propuestas e iniciativas para la institución de una autoridad política mundial, partiendo de la reforma y del reforzamiento de las Naciones Unidas. En el Vaticano se ha creado la Academia de las Ciencias Sociales al que el papa asigna la tarea de ayudar a **refundar sobre fuertes bases éticas el proceso de globalización** y de elaborar una nueva doctrina de la interdependencia entre los pueblos, basada sobre el valor del Otro, sobre el respeto de las diferencias y de las culturas y sobre los derechos humanos fundamentales.

Sus **encíclicas sociales** *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991), denuncian las lógicas totalitarias en acción en la sociedad liberal. Los acentos críticos reservados al capitalismo se multiplican tras la liquidación del sistema comunista, aunque el papa no condene la “teología del capitalismo” como hizo con respecto a la “teología de la liberación” y limita sus reservas a las consecuencias sin tocar las causas estructurales del sistema basado en el libre mercado. Por lo demás, declara inaceptable el axioma según el cual la derrota del socialismo real dejaría el puesto únicamente al modelo capitalista cual si estuviese dotado de “virtudes incontestables”. El objetivo es la construcción de un **humanismo económico universal** capaz de dotar de dispositivos jurídicos compartidos el principio bíblico del destino universal de los bienes de la tierra, que demasiado pronto la Iglesia romana ha

dejado de exigir por el principio "sacro" de la propiedad privada.

Con Wojtyła, el papado está presente en la Iglesia y en la sociedad como no lo había estado con ninguno de sus predecesores. Millones de personas están en contacto con él durante los viajes. Los medios ofrecen un escenario planetario a su palabra y a sus gestos. Mediante la importancia que reviste la figura papal, él termina por reproducir las modalidades de **una relación insólita entre Iglesia y mundo**: su política de reunificación de la complejidad católica recicla en formas "segurizantes" la intransigencia católica antimoderna, contestando decididamente con una autónoma doctrina de la ley natural los éxitos de una razón moderna que se le antoja nefasta.

La beatificación (entre las numerosas llevadas acabo) del papa del *Sílabo* Pío IX, asociado en los altares con Juan XXIII, es algo más que un mediocre expediente para declarar concluido el ciclo histórico del temporalismo. Es la clave de lectura de un esquema político-religioso por el que las innovaciones del papa que inauguró el Vaticano II adquieren de nuevo cuerpo sobre la medida de una continuidad, por más que forzada, con una tradición que presume de empalmar con la dogmática maximalista del Vaticano I y de perpetuarse, aunque sea en formas actualizadas, en la **presente reivindicación del poder espiritual** frente a los nuevos totalitarismos de la posmodernidad liberal.

Este paradigma hermenéutico puede encontrar abundantes aplicaciones en el análisis del pontificado en numerosos



terrenos críticos de la relación entre Iglesia y sociedad. Podemos observar, por ejemplo, cómo actúa este montaje sobre la línea papal en el campo de las **relaciones entre leyes morales de la Iglesia y leyes civiles** de los Estados. No cabe duda de que despierta controversias en la sociedad y también en el mundo católico a causa del maximalismo en que apoya su concepción de la moral sexual y se cristaliza en el modelo de la familia tradicional, como ocurre con las campañas vaticanas en las conferencias de las Naciones Unidas en El Cairo y en Pekín. La lucha mantenida contra la contracepción, el aborto, el uso de preservativos en función de frenar el sida, la manipulación de los embriones y las pretensiones de las Neurociencias y de la ingeniería genética en clave neoliberal hace del papa un líder indiscutible de la **defensa de la vida** de sus derivas neocientíficas que están en marcha en la legislación de lo viviente. Sólo que es un líder ensalzado por algunos y contestado por los más.

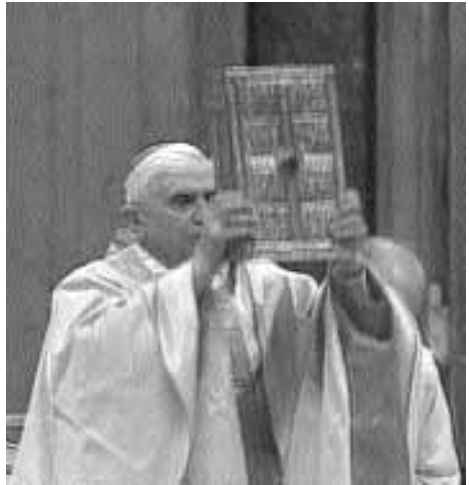
Si el Concilio rescató el papel de la **conciencia personal** en las decisiones morales, la Iglesia de Juan Pablo II vuelve a poner en primer plano el instrumento básico del régimen de cristiandad, es

decir, la cobertura de la ley civil y del poder político con el fin de garantizar **legislaciones** moralmente aprobables según el punto de vista propio.

Desde la instrucción *Sobre el respeto de la vida humana naciente* (1987) hasta las encíclicas *Veritatis splendor* (1993), *Evangelium vitae* (1995) y la *Carta a los obispos de Alemania* (1999) contra la presencia de los católicos en la red de consultores públicos para las jóvenes en dificultades, el Vaticano insiste en el objetivo de presionar a los Estados con todos los medios legales para obtener la **reforma de las leyes civiles "moralmente inaceptables"**, apoyándose en argumentos de orden racional, jurídico y antropológico, y no únicamente sobre referencias de autoridad de signo confesional. En otras "Notas doctrinales", Ratzinger solicita a los parlamentarios católicos para que "no cedan a ningún compromiso" en materia de bioética y "a que se opongan a cualquier norma que tienda a situar en el mismo plano el matrimonio y las parejas homosexuales".

Todo esto convierte en dudosas otras tesis sostenidas por el papa en polémica con el integrista y a favor de la **laicidad del Estado**, del pluralismo y de la autonomía del orden político. Incluso su campaña para la inclusión de la referencia a las "raíces cristianas" de Europa en la Constitución se desarrolla en paralelo con una crítica a la pretensión de aislar la religión del sistema público de una sociedad liberal.

El pontificado se caracteriza también por el esfuerzo de ensanchar el **universalismo católico** a los diferentes mundos religiosos que emergen y se comunican con los flujos de la globalización, haciendo trizas de antiguas fronteras. El punto crítico de la **ideología de la cristiandad** es la pretensión de constituirse como sistema autosuficiente, como única vía de sal-



vación. El papa desarrolla incluso, con iniciativas sin prejuicios, en todo caso difíciles de reconducir a la prudente praxis romana, las aperturas conciliares al diálogo con la otras fes, por más que retrocede frente a las rupturas que no deja de implicar con la ideología del sistema plasmado sobre el axioma *Extra Ecclesiam nulla salus*.

Tal proyecto se revela en los gestos antes todavía de que sea teorizado en una madura teología del diálogo interreligioso. Desde la visita a la Gran Sinagoga de Roma (1986) y el documento sobre la responsabilidad de los cristianos en la *Shoah*, hasta la peregrinación silente al Muro de las Lamentaciones de Jerusalén (2000), el papa guía un movimiento de recuperación de los **lazos entre cristianos y pueblo hebreo** destinado a dejar aislada la "cultura del desprecio". En 1989, frente a las reacciones del mundo judío, él mandó trasladar a otra parte el Carmelo abierto dentro del *lager* de **Auschwitz**. Sus esperanzas y proyectos de una pacificación en Tierra santa que devuelva a Jerusalén el rango de ciudad de la paz universal, le inducen a establecer en 1993 un acuerdo histórico fundamental con el Estado de Israel con el que

la Santa Sede entabla relaciones diplomáticas, contrabalanceadas por relaciones análogas con la Autoridad Palestina. Sin embargo el acuerdo fundamental tiene una aplicación muy decepcionante para el Vaticano que ve frustrarse sus proyectos para el **estatuto internacional de Jerusalén**, desangrada la comunidad cristiana en Tierra santa, comprometida su acción en defensa de los derechos palestinos, hasta tener que soportar el asedio de la basílica de la Natividad de Belén por parte de los tanques de Sharon en la fase más extrema de su política nacionalista, con la construcción del muro y la represión militar sobre los territorios.

En la hora crucial del “choque de civilizaciones” Wojtyła se convierte en peregrino con los pies descalzos en la Mezquita de Damasco y no deja de empeñarse para que “el espíritu de Asís” no se quede en un acontecimiento elitista y sólo utópico, a pesar de su aislamiento respecto del sistema curial. Al mismo tiempo él empuja hacia delante un proceso de autocrítica penitencial en la Iglesia por la historia de violencia en que se ha visto implicada a lo largo de los siglos. Reabre los cruciales dossiers del proceso a Galileo Galilei de la Inquisición romana y de las responsabilidades de la Iglesia en el antisemitismo. En marzo del año 2000, en el punto álgido de las celebraciones del Jubileo, celebra con toda la curia una **liturgia de los mea culpa**, por los errores históricos de la Iglesia, desmontando en su aspecto crucial, la pretensión teocrática del infalibilismo.

Juan Pablo II está convencido de que determinados gestos son indispensables para sacudir los lazos todavía demasiado orgáni-

cos de la Iglesia con Occidente y empujarla a equiparse culturalmente para embarcarse en el ancho mar de un mundo globalizado. En el documento *Diálogo y anuncio* (1991) admite que las religiones no cristianas contienen “elementos de gracia” y participan ellas también del designio de la salvación. Pero la curia se apresura a **redimensionar las aperturas papales** con la instrucción *Dominus Jesus* (2000), que reivindica a favor de la Iglesia romana, identificada con el Cuerpo místico de Cristo, la posesión exclusiva de la verdad y de la salvación. “Algo trágico, un accidente de trabajo”, es la reacción del cardenal Karl Lehmann.

En el frente interno hay que registrar más gestos simbólicos que reformas. El abandono de la opción espiritual adoptada por el Concilio, para apuntar a la recuperación del papel sociopolítico de la Iglesia, produce una **crisis de enorme alcance**, mal ocultada por el triunfalismo orquestado: anarquía ingobernable de los movimientos integristas, ausencia de compromiso por parte de los intelectuales, paralización del debate teológico, limitado a ser una interpretación estática de la ortodoxia tridentina, atrofia y grega-



rismo del laicado militante, desafección por el ministerio sacerdotal, crisis de la práctica sacramental (bautizos, matrimonios religiosos, primeras comuniones, confirmaciones), desafección por las normas de la moral sexual y familiar mantenidas oficialmente sólo de forma teórica, retroceso precipitado de la confesión, bloqueo del dinamismo conciliar de las comunidades o de los procesos de re-encaramiento a las Iglesias protestantes, anglicanas, ortodoxas. La **esclerosis institucional**, favorecida por el recambio en sentido prudencial y burocrático del episcopado mundial, provoca una ruptura en las relaciones de la Iglesia con la cultura moderna. Se plantean reparos en lo que concierne a la democracia y participación en las comunidades cristianas, al exceso de mediatización de la figura papal, al relanzamiento neomedieval de la primacía absoluta del pontífice, considerados como otros tantos engranajes de una estrategia adoptada para crear un ilusorio "estado de gracia", útil para camuflar la incapacidad del sistema romano de proceder a los cambios institucionales. En esta óptica, los mismos viajes papales se analizan como medios de

"una centralización pastoral" para una Iglesia destinada a convertirse "en más papal que nunca, en la mentalidad y también en las estructuras, gracias a una estrategia orientada a hacer del obispo de Roma una figura total, el *solus Pontifex* de gregoriana memoria" (David Seeber).

La alarma es pronto compartida por teólogos como Y. Congar, que advierte que "el papa tiene el primado, pero en la Iglesia, no por encima de la Iglesia. No fuera de los obispos, sino con los obispos": por cuya razón, "el papa superobispo sería un papa herético". El ex arzobispo de San Francisco, John R. Quinn provoca la alarma a los palacios pontificios cuando denuncia la **paralización de las reformas conciliares**, el reforzamiento anómalo de la curia romana, especialmente en la hora en que la invalidez física no consiente al papa el pleno control del aparato, la expansión sin precedentes del sistema político-diplomático de la Santa Sede, que controla la selección de los candidatos al episcopado, y la ralentización de las Conferencias episcopales nacionales.

Con la encíclica *Ut unum sint* (1995), Juan Pablo II abre el debate sobre la búsqueda de nuevas modalidades de ejercicio del primado pontificio. Sin embargo, la reforma queda bloqueada de hecho a causa de la desconfianza de la curia hacia un **Sínodo de los obispos** provisto de poderes deliberativos que exprese democráticamente un "consejo de la corona" para asistir al papa en el gobierno de la Iglesia universal. El propio Sínodo, convocado a menudo por Juan Pablo II, termina decepcionando sus objetivos reformistas, alimentando una mentalidad todavía muy maximalista del primado y un sentido de inutilidad en los



episcopados, cuyas propuestas son en su mayor parte ignoradas: fue clamoroso el caso del Sínodo africano, cuya demanda plebiscitaria de un derecho canónico matrimonial africano y de modelos litúrgicos y pastorales acordes con las tradiciones africanas fue rechazada. Uno de los líderes de la Iglesia africana, el obispo de Lusaka E. Milingo fue removido y quedó aislado en Roma por sus ideas sobre el cristianismo a la medida africana.

En 1984, las condenas formales de la **teología de la liberación** emanadas de la Congregación para la Doctrina de la Fe permiten a la curia dejar fuera de juego a toda una corriente innovadora, en el terreno pastoral, teológico, catequético y social, y sofocar en su nacimiento la idea de una Iglesia "popular" más fiel al Evangelio anunciado a los Pobres. La normalización de la Iglesia del continente, sancionada por las directrices en sentido espiritualista dadas por el papa a las asambleas del episcopado latinoamericano en Puebla (1979) y en Santo Domingo (1992), y con motivo de sus tan frecuentes viajes a los países latinoamericanos, produce caídas catastrófica en la práctica religiosa y en la apostasía de los católicos en pro de las sectas evangélicas en Brasil, en la liquidación de las comunidades de base y de sus teólogos, motivada por la depuración antimarxista: una liquidación que se trueca en cruenta cuando los "escuadrones de la muerte" asesinan, el 24 de marzo de 1980, al arzobispo Óscar Arnulfo Romero en El Salvador y a seis jesuitas de la Universidad Centroamericana, nueve años más tarde, siempre en El Salvador.

Casi la mitad de los católicos del mundo son latinoamericanos y Juan Pablo II les propone a ellos, igual que a las elites políticas, económicas e intelectuales del continente, además de al clero, un modelo de Iglesia de cultos a la Virgen y de mediación interclasista, de movimien-



tos carismáticos y de renuncia a las luchas sociales: "No corresponde ni a Cristo ni a la Iglesia resolver los problemas de la tierra", declara a los campesinos de Maranhao en 1991. El viejo "obispo rojo" de Recife, Hélder Câmara, es sustituido por un sucesor procedente de las filas del Opus Dei que da **un vuelco a la línea de la "Iglesia de los pobres"** que se había afirmado en Medellín, en la asamblea revolucionaria del episcopado latinoamericano de 1968.

A pesar de la "Declaración de Colonia" firmada en 1989 por 163 teólogos católicos contra el **neocentralismo vaticano**, el control romano sobre la inteligencia teológica, sobre la enseñanza en las facultades teológicas, sobre las publicaciones, sobre la libertad de opinión y de información en los medios católicos es tal que margina todo pensamiento disconforme.

El **acaparamiento de funciones** se lleva a cabo con dos intervenciones, la *Carta a los obispos sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión* (1992), y otra carta *Sobre la ordenación sacerdotal reservada exclusivamente a los hombres* (1994). Con la primera se restaura el poder universal del papa sobre las Iglesias particulares, reinterpretando de manera verticalista la eclesiología conciliar. Con la segunda se alarga el área de la infalibilidad a los pronunciamientos del magisterio ordinario, confiriendo el carisma de la definitividad a la prohibición tradicional del sacerdocio femenino: una pretensión dogmática refrendada por el motu proprio *Ad tuendam fidem* (1998) que eleva al nivel de adhesiones por fe incluso decretos de la curia romana en terreno doctrinal.

Mientras tanto, la *Instrucción sobre la colaboración de los fieles laicos con el ministerio de los sacerdotes* (1997) produce un **vuelco en la línea de Pablo VI** que, según el principio del "sacerdocio común de los fieles" reconocido por el Concilio, había abierto los ministerios ordenados también a los laicos, y niega a los diáconos y a los fieles la posibilidad de voz activa y pasiva en los consejos presbiterales de las diócesis y de las parroquias. Es una contradicción respecto al nuevo Código de Derecho canónico (1983) que ratificó el antiguo principio "democrático" en la

estructura jurídica de la Iglesia latina, reconociendo el derecho de los fieles a ser consultados sobre la vida de la Iglesia y el nombramiento de los responsables. Siempre en 1998, la carta *Apostolos suos* se ocupa de desautorizar a las Conferencias episcopales del poder de deliberar en materia doctrinal y de minimizar su rol colegial en el gobierno de la Iglesia universal.

A las **Iglesias locales** más comprometidas en el proceso de reforma **se las llama al orden** y se las "reequilibra" mediante la introducción de nuevo personal en los rangos episcopales o con la intervención desde lo alto. Es la manera de "alinear" a los episcopados de los Países Bajos, del Brasil, de Perú, y luego de Francia, de Alemania, de Suiza, de Austria. A los obispos indios se les llama al orden por su tentativa de una cristología india, a los italianos y franceses por sus catecismos, a los americanos por las monaguillas y veinte años más tarde por su descuido con respecto a la pedofilia entre el clero. Roma alarga su poder sobre las órdenes y congregaciones religiosas: el papa interviene personalmente sobre la Compañía de Jesús, a la que impone un comisario en 1981 y la priva de su general Pedro Arrupe.

Los temas críticos quedan silenciados de autoridad. Es una gran capa de



plomo la que cubre las propuestas de nuevas inculturaciones extraeuropeas del mensaje cristiano, de revisión del estatuto celibatario del clero, de formas colegiales del gobierno universal del romano pontífice, de alargamiento de los ministerios ordenados, de respeto hacia el estatuto de los teólogos, de reforma de la praxis penitencial, de permitir bajo determinadas condiciones el acceso a la eucaristía de los divorciados, de reexaminar la disciplina del matrimonio (que sigue a nivel tridentino) y de someter a nuevo tratamiento las cuestiones de ética de la sexualidad. En este catálogo de la impotencia es excepción la aproximación innovadora por parte de Wojtyła de la cuestión femenina, en particular con la encíclica *Mulieris dignitatem* (1988), por más que sigue manteniendo en ella el rechazo del sacerdocio de la mujer.

También el frente del **ecumenismo** registra oscilaciones. En encíclicas como *Orientalis Lumen* (1995) y *Ut unum sint* el papa afirma el respeto que se debe a los rostros, a las tradiciones, a las estructuras propias de las "Iglesias hermanas" y reconoce la necesidad de redimensionar el absolutismo en el ejercicio del primado universal de jurisdicción del pontífice romano. En una carta a las conferencias, Ratzinger recomienda en cambio, en el 2000, precaución en el uso de la expresión "Iglesias hermanas", a pesar de haber sido autorizado por el Concilio para designara las Iglesias ortodoxas, anglicanas y protestantes.

La política ecuménica se funda sobre el ejercicio de un **ministerio de la presencia**, más que sobre desarrollos doctrinales. En 1982, la primera visitad e un papa



a Inglaterra tras el cisma de Enrique VIII vio a Juan Pablo II arrodillado junto al arzobispo primado de Inglaterra delante de la Biblia de Canterbury. Fue un acto henchido de simbolismo que no obstante no priva al documento común sobre la Autoridad en la Iglesia de las reservas por parte de la Congregación para la Doctrina de la Fe, ni tampoco logra superar la crisis con los anglicanos sobre la ordenación sacerdotal y episcopal de las mujeres.

Las visitas papales a naciones ortodoxas como Rumania y Grecia producen un éxito superior a las expectativas en razón de la humildad de la figura del papa y del carácter autocrítico de sus declaraciones. Resultó memorable e impresionante la autocrítica hecha por el papa en el 2001 en Atenas ante el Santo Sínodo de la Iglesia grecortodoxa, del saqueo de Constantinopla consumado durante la Cuarta Cruzada. En cambio, la visita a Ucrania en el 2001, llevada a cabo a pesar de la oposición de la Iglesia ortodoxa ucraniana, agravó el estado ya febril de las **relaciones entre el Vaticano y Moscú**: en la parte final del pontificado se ha manifestado la voluntad del papa de remontar la pendiente con algunos

gestos pacificadores como el envío del icono de Kazán al patriarca de Moscú y una tentativa nueva y más seria de contención de la actividad proselitista llevada a cabo por círculos católicos polacos y lituanos en el campo ortodoxo tras la caída del muro de Berlín.

Una difusa reconsideración del poder papal a la luz del icono del "siervo de Yavé" que sufre por los pecados del mundo ha acompañado los últimos años del pontificado, debilitado por el Parkinson. Aun habiendo aprobado una normativa sobre la **renuncia del papa** al cargo, él ha considerado no deberla aplicar a su caso y ha resistido más allá de lo que cabría esperar pese a que sus funciones de gobierno están tan limitadas que consienten al aparato espacios de intervención sin precedentes.

Conclusión

Para concluir, podríamos afirmar que, a lo largo de un pontificado record y entre los más longevos, Juan Pablo II se ha consagrado a un esfuerzo excepcional para reformar las tareas de la vocación cristiana en un mundo que se ha vuelto planetario. Viviendo él mismo entre dos mundos de Oriente y Occidente, el papa ha llegado a convencerse de que las fórmulas vigentes hasta ahora para garantizar a **la fe cristiana** la posibilidad de no fracasar a causa de la apostasía de sus seguidores exigen **un nuevo desarrollo**, mientras el centro de gravitación de la Iglesia se expande en otros diques culturales, fuera de su cuna mediterránea, donde comenzó la aventura del cristianismo.

En este viaje del cristianismo hacia **nuevos areópagos y nuevas patrias**, no

cabe duda de que el reino del papa eslavo, con su entrecruce de profetismo misionero y visionario y de arranques neo-constantinianos, puede ser considerado como un rompeolas. Es su encíclica *Fides et ratio* la que declara superable la integración entre la fe cristiana y la filosofía griega y romana, para revestir las verdades cristianas con los lenguajes de las tradiciones espirituales de Asia y de África. No obstante, la audacia de su intuición se deja inhibir, de hecho, por la tentativa, contradictoria y votada al fracaso, de conservar las crisálidas de los esquemas culturales y políticos de un cristianidad superada.

Nota: Ofrezco a continuación una lista esencial de textos en los que el lector podrá fijarse para profundizar en los temas desarrollado en mi artículo. C. BERSTEIN y M. POLITI, *Su Santidad Juan Pablo II y la historia secreta de nuestro tiempo*, Barcelona, Planeta, 1996; JUAN PABLO II (con V. MESSORI), *Cruzar el umbral de la esperanza*, Barcelona, Plaza y Janés, 1995; RATZINGER, *Informe sobre la fe*, Madrid, BAC, 1985; G. WEIGEL, *Testigo de esperanza. Biografía de Juan Pablo II*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999; G. ZIZOLA, *La restauración del papa Wojtyła*, Madrid, Cristiandad, 1985; G. ZIZOLA, *La otra cara de Wojtyła*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2005.

***La versión original de este texto** se publicó en *Il Mulino*, nº 417, 2005 (www.mulino.it/ilmulino). La traducción es de José González-Balado. El artículo constituye un resumen del libro del autor "La otra cara de Wojtyła".

Puestos a soñar...

La Iglesia de mis sueños

Redacción de Ecclesalia

Imagínate que un buen día de primavera te levantas por la mañana y después de lavarte y desayunar bajas al buzón para recoger el correo. Imagínate que sólo encuentras una revista de la que nunca antes habías oído hablar. Imagínate que después de mirar en su interior te das cuenta de que está fechada en abril del año 2033. Imagínate que en uno de sus artículos encuentras reflejadas todas tus esperanzas de la Iglesia que vives y amas profundamente.

Pues eso mismo es lo que yo soñé hace poco, pero lo más sorprendente de todo es que al despertar me encontré la misma revista que había soñado encima de la mesilla de mi cama, abierta en la página de aquel artículo sobre la Iglesia.

Esta es la Iglesia de mis sueños:

EL PAPA JUAN XXV ANUNCIA SU RETIRADA EN LA INAUGURACIÓN DEL AÑO JUBILAR

Medellín, Colombia. Lunes 18 de abril de 2033 Informa: ECLESALIA

En la mañana del día de ayer, primer domingo de Pascua, el papa Juan XXV inauguró a las afueras de Medellín el jubileo del 2000 aniversario de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Desde la ventana de su ordenador personal millones de cristianos de todo el mundo asistieron en directo al acontecimiento. En la plaza de la ciudad colombiana se congregaron miles de personas para escuchar la que hoy sabemos fue su última aparición pública. El papa aprovechó el acto para hacer un repaso a la actualidad de la Iglesia que después del concilio Vaticano III, inaugurado por su predecesor Juan XXIV, se ha visto revitalizada en su fondo y en su forma.



Sus palabras fueron dirigidas en primer lugar al grupo de mujeres ordenadas sacerdotes la semana pasada en distintas ciudades del mundo en presencia de los hijos y esposos de la mayoría de ellas y de los familiares y amigos de las que han decidido vivir el celibato. Como saben es el primer grupo de mujeres que accede al sacramento del Orden después de que el concilio aprobara el diaconado femenino. El Papa Juan recordó a Ludmila Javorova, que el año 1970 fue ordenada sacerdote por el obispo Félix María Davidek, en la antigua nación de Checoslovaquia cuando la dictadura comunista hacía que casi fuera imposible mantener la fe de los cristianos de aquel país europeo. A finales del siglo XX se le negó la validez de su ordenación y ayer el papa Juan pidió perdón por los errores del pasado y abrió el proceso de su canonización a petición popular. Las nuevas sacerdotes procedentes de los cinco continentes, recibieron del papa palabras de ánimo y reconocimiento por la labor desarrollada en estos últimos años a favor de la igualdad de oportunidades para todas aquellas personas que profesan la misma fe en Jesús. Les propuso el ejem-

plo de María Magdalena, testigo privilegiado de la resurrección, que a buen seguro acompañará los pasos de las 700 ordenadas en su trabajo pastoral.

En la ciudad de Medellín el papa Juan se refirió también a los museos, fundaciones y organismos creados en la ciudad del Vaticano tras su partida definitiva de la ciudad de Roma. Los muchos tesoros y riquezas artísticas acumulados después de tantos siglos de institución eclesiástica poderosa están siendo bien administrados por seglares comprometidos y expertos en gestión de bienes, de tal modo que los beneficios obtenidos por las visitas turísticas están sirviendo desde hace años para propiciar una educación básica en todos los países del planeta. Las diócesis de todo el mundo siguieron el ejemplo del Vaticano hasta el punto de que, hoy en día, la analfabetización ya sólo se encuentra en los libros de historia.

La disminución del poder de la Iglesia en las sociedades modernas ha generado una mayor cordialidad y cercanía con el mensaje del Evangelio. Este año jubilar puede ayudar a que muchas personas descubran las comunidades cristianas de su localidad y empiecen a compartir el Espíritu que las anima. El papa Juan se refirió a todas ellas y las animó a generar a su alrededor ámbitos de fe, esperanza y amor. Los edificios parroquiales albergan multitud de actos culturales y sociales de tal forma que los cristianos comparten en ellos la expresión de su fe junto con manifestaciones artísticas que van desde el teatro clásico a la poesía contemporánea, pasando por la música, las conferencias y los debates más diversos.

En su alocución el papa Juan recordó a los hombres y mujeres que comparten su vida en auténtica pobreza, dedicados a la oración y



al trabajo en renovados monasterios y conventos, ofreciendo a su alrededor verdaderas escuelas de paz interior y de retiro espiritual. A estos lugares acuden los que, como la samaritana del relato evangélico, tienen sed de vida verdadera. La vida consagrada resolvió por fin tomarse en serio lo de "volver a las fuentes" recogiendo lo mejor de sus distintas tradiciones. Hoy en día podemos encontrar diversidad de formas de entrega más allá de los tradicionales votos de "especial consagración".



Junto con los patriarcas ortodoxos y los pastores luteranos Juan XXV firmó, a los diez años del concilio, la unidad de los cristianos retirando atribuciones heredadas de sus antepasados tales como "sumo pontífice" y "santidad". El papa es considerado como "primus inter pares", es decir, el primero entre iguales, de tal forma que el Evangelio de Jesús es acogido por todos los cristianos como la fuente de vida y entre todos tratarán de comprender los signos de los tiempos. Existen distintas sensibilidades cristianas pero todas ellas marcadas por la unidad en la diversidad. El papa Juan recordó en la mañana de ayer a tantos hombres y mujeres que en los primeros años del siglo XXI trabajaron por la unidad, de manera especial a las comunidades de Taizé extendidas hoy por todo el mundo

Desde la experiencia de estos veinte años después del concilio Vaticano III, el papa Juan se refirió también a la riqueza que supone vivir el sacerdocio en familia. Si bien la tradición católica oriental veía con buenos ojos que los sacerdotes estuvieran casados, a comienzos del siglo XXI era una práctica perseguida por la ley

canónica en todo el occidente católico. Después del concilio se optó por que el celibato fuera opcional y, desde entonces, reconoció el papa, se ha podido experimentar cómo los sacerdotes y obispos casados han contribuido a acercar el evangelio a lo cotidiano, a lo que viven la gran mayoría de los cristianos. Aunque ya el Vaticano III reconoció la valía de los primeros ordenados que apostaron por esta forma de sacerdocio y que fueron excluidos de sus funciones, el papa Juan reiteró la petición de perdón que ya hiciera el concilio.

La estructura eclesial ha experimentado en estos años las ventajas de la relación fraterna y horizontal entre comunidades cristianas, en constante diálogo y búsqueda de lo común, con respeto a la diversidad de experiencias de fe y análisis teológicos. Los párrocos y obispos son elegidos por los fieles como en los primeros tiempos y ya nada impide que cualquier cristiano maduro y responsable, sea hombre o mujer, pueda ser convocado para animar las comunidades cristianas según su vocación en la variedad de ministerios de servicio a la comunidad.

La labor de la Iglesia en la defensa de la Paz y la resolución no-violenta de los conflictos ha sido muy importante en estos últimos años. La Iglesia ha trabajado incansablemente por el respeto a la dignidad humana, por encima de cualquier circunstancia, y por la transformación profunda de las relaciones sociales, para que la paz se asiente sobre una sólida base de justicia, igualdad y libertad para todas las personas y pueblos. El papa Juan se refirió a los conflictos del pasado que asolaron nuestro mundo y se manifestó esperanzado por que los cristianos sigan siendo verdaderos constructores de la paz, paz entre los pueblos y los individuos y paz del ser humano con la creación.

A pesar de la desorientación que causó su decisión de abandonar la ciudad del Vaticano hace quince años, el papa ha visto cómo poco a poco se ha reconocido como un acierto hacer que su sede fuera itinerante. Después de este largo recorrido por la geografía de todo el mundo, al terminar su discurso, Juan anunció su intención de retirarse a su ciudad natal y terminar sus días en la comunidad cristiana que le vio alejarse para tomar el rumbo de la Iglesia.

Ayer comenzó el Jubileo extraordinario por los 2000 años de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. El papa Juan XXV convocará hoy el cónclave de obispos, patriarcas, pastores, presbíteros, teólogas y teólogos representantes de todos los países del mundo y de todas las sensibilidades cristianas, según el número de fieles. Después de que el concilio suprimiera los títulos añadidos de "monseñor" o "cardenal", serán ellos y ellas los encargados de elegir al nuevo o la nueva responsable de animar la fe de la Iglesia.

Ante nosotros un año jubilar para celebrar la alegría de la resurrección de Cristo y la resurrección de su Iglesia, una y verdaderamente universal y llena de esperanza en el futuro.

Si crees que alguien de tu entorno (confesión, colectivo, comunidad, movimiento, monasterio, vida religiosa, agente de pastoral, grupo, seglar, diácono, sacerdote, obispo...) puede estar interesado o interesada en recibir ECLESALIA gratuitamente, envía su nombre, correo electrónico, lugar geográfico y eclesial.



Esperamos que te haya resultado interesante este documento, al igual que nos lo ha parecido a nosotros, y por eso creemos que no podemos guardarlo en el archivo.

Por eso editamos los **Documentos del Ocote Encendido**. En ellos podréis encontrar los análisis más interesantes de América Latina. Cada documento presenta el formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas y tenemos prevista una periodicidad de 6 números al año.

Si te interesa recibir este Documento y nuestro Boletín, rellena y envíanos este boletín de suscripción al **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón** (c/ José Paricio Frontiáan s/n - 50.004 - Zaragoza)

DATOS DEL COLABORADOR:

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ nº _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Deseo recibir:

- Deseo recibir El Ocote Encendido y los Documentos del Ocote Encendido (15,03 euros/año)**
 Deseo colaborar como socio del Comité con una cuota anual de _____ euros.

ORDEN DE PAGO A LA ENTIDAD BANCARIA:

Banco o caja _____ Dirección _____

Datos bancarios: _____ - _____ - _____ - _____

Ruego cargen a mi cuenta los recibos que por un importe de _____ euros al año/semestre, presentará el **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón**.

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ nº _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Firma: _____

También puedes encontrar el Documento del Ocote en: